

sobre todo, en la doctrina de las *ideas* profesada por Platón, y en la doctrina de las *formas*, que Aristóteles propugna. ¿Y cómo resuelve FOX MORCILLO esta antinomia? Ampliando el concepto de la *forma* hasta confundirle con el de la *idea*, y concretando la *idea* hasta adherirla á los cuerpos para que los *informe*. Sus palabras son terminantes y muy dignas de ponerse aquí, vertidas á nuestra lengua, porque encierran todo el pensamiento de su tratado.

«La *forma*, ó, lo que es igual, la *idea*, sepárala Platón de las cosas corpóreas y concretas y la coloca en la mente de Dios, como ejemplar y dechado de la creación. Aristóteles la une y liga á los cuerpos, como si fuera una parte de su substancia. Al concepto divino le llama Platón *causa ejemplar de todas las cosas*. Y esta *idea*, que reside en la mente divina, difiere del pensamiento humano en ser eterna, estar dotada de virtud productiva y carecer de toda mancha y contagio corpóreo; mientras que en nosotros la *idea* es corpórea, quiero decir, ligada al cuerpo, y nada puede producir por sí. Platón enseña en el *Parménides* que esa *Idea* es una, infinita y eterna, abrazando en su uni-

dad las *ideas* de todas las cosas singulares. Lo mismo nos declara Plotino en el libro *De las ideas y de la multitud*. Esta *idea* va imprimiendo su sello en las formas de las cosas singulares. Aristóteles, por el contrario, no considera la idea sino bajo el aspecto de *forma* unida á los cuerpos, y ésta quiere que sea el principio de su constitución. Pero, así y todo, en el segundo libro de la *Física* confiesa la existencia de una *forma* divina, de la cual todas las demás *formas* proceden, porque ella sola las comprende todas. En lo cual me parece que viene á decir lo mismo que Platón, ó que se resbala hacia el dictamen de su maestro sin sentirlo. Porque si hay una *forma* primera y divina, á la cual, como á su fin, se refieran todas las demás, tiene que ser un *algo universal, separado de la cosa misma.*»

«Si sólo tuviésemos que tratar de los principios anejos á las cosas naturales, bastaría con la *materia* y la *forma* de los aristotélicos para explicar la composición de los cuerpos. Pero como, por confesión del mismo Aristóteles, el físico debe remontarse á los principios universales, hemos de buscar algo anterior y superior á la *materia* y la *forma*,

algo que no pertenezca al género de las cosas compuestas, sino que preceda á toda composición y exista por sí mismo simplicísimamente.»

Tales son las *Ideas* que FOX MORCILLO, interpretando el pensamiento de Platón en el sentido de San Agustín y de los teólogos, supone colocadas en el entendimiento divino; aunque sobre este punto haya grandes obscuridades y contradicciones en los diálogos del discípulo de Sócrates.

No seguiremos á FOX MORCILLO en todos los ingeniosos pormenores de esta concordia. Sería menester para ello trasladar íntegro su libro, en el cual unas veces rectifica y explana á Aristóteles por medio de Platón, y otras á Platón por medio de Aristóteles, separándose de ambos siempre que los encuentra en oposición con el dogma, v. gr., en cuanto á la eternidad del mundo, á la personalidad de Dios, á la transmigración de las almas y á la *reminiscencia*. De esta suerte cumple en todas sus partes el programa de libertad cristiana que formuló al principio, y que es, en substancia, el de toda la ciencia española del siglo XVI, tan bien avenida con Dios y con su Iglesia, como rebelde á cual-

quier otro yugo de autoridad filosófica y humana.

Las teorías ideológicas de FOX MORCILLO se deducen principalmente de sus dos libros *De demonstratione, ejusque necessitate ac vi*, y *De usu et exercitatione Dialecticae*, que se imprimieron juntos en Basilea el año 1556. Como ferviente platónico que es, admite las *ideas innatas*, que llama *naturales nociones del alma*; pero aun en este punto lleva su afán de armonizarlo todo hasta querer incluir debajo de esa doctrina el aforismo peripatético, atribuido á Estratón de Lampsaco, que exageró las consecuencias sensualistas de algunas ideas de Aristóteles, su maestro: *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*. «Esto se ha de entender (dice el sutilísimo FOX MORCILLO, anticipándose mucho á Leibnitz) en cuanto que nuestra *noción innata* se ejercita sobre las cosas percibidas por los sentidos. Nada hay, pues, en el entendimiento que antes no haya estado en los sentidos, *excepto las nociones naturales del mismo entendimiento*.»

«Si nouviésemos (añade) conocimiento más firme y seguro que el que procede de los sentidos, no podríamos formar juicio

alguno, porque los sentidos perciben sólo las formas de las cosas, no las discernen. Necesariamente ha de haber en nuestro entendimiento ciertas ideas ó nociones de las cosas, impresas por la misma naturaleza, porque si el alma no usara de tal instrumento para la intelección, la mente percibiría y comprendería, no ya las formas de las cosas, sino las cosas mismas, y observamos que sucede todo lo contrario.»

Vemos, pues, que FOX MORCILLO debe ser contado entre los adversarios del conocimiento directo, defendido con tanta habilidad en su mismo tiempo por Gómez Pereira y en días posteriores por los filósofos escoceses; pero tampoco admite las especies inteligibles de los escolásticos, sino que, procediendo de dentro afuera, en vez de proceder de fuera adentro, como ellos, las substituye con las ideas innatas, por cuyo medio la mente purifica y hace incorpóreas las imágenes que de los cuerpos le transmiten los sentidos.

De este modo se atenúa, ya que no se resuelva por completo, la contradicción entre Platón y Aristóteles, aun en la cuestión sobre los medios de conocer, en que parece

más radical y profunda. «Ni los *sentidos* sin las *nociones*, ni las *nociones* sin los *sentidos* (repite FOX MORCILLO): *Nec sensus sine iisdem notionibus satis ad scientiam pariendam sunt, nec sine sensibus ipsae notiones.*» Así se explica también la contradicción que algunos han querido ver en nuestro insigno Vives, cuando enseña, por una parte, que «el alma posee las semillas de todas las artes y ciencias, las cuales son como unas *anticipaciones* y advertencias grabadas en ella por la naturaleza», y, por otra, afirma que «entramos al conocimiento de las cosas por las puertas de los sentidos, y que no tenemos otras mientras estamos encerrados en este cuerpo».

Sólo la ciencia de los primeros principios es para FOX MORCILLO cierta é inmutable, porque, conocidos los principios, se conoce en cierta manera todo lo que en ellos, como en germen, se contiene. La ciencia que FOX MORCILLO imagina no es cualquiera clase de conocimiento, sino *la que es* y no puede ser de otro modo, la que se funda en la objetividad y realidad mismas, la que tiene por campo y jurisdicción las cosas fijas y verdaderamente existentes, no las movilizadas y

pasajeras; la que arranca de los *principia per se nota*; en una palabra: la ciencia de los universales, no la de los singulares; la ciencia que, derramada en nuestra mente como fecunda semilla por la pródiga naturaleza, nos obliga á decir que tres y dos son cinco, aunque no hayamos visto antes ni dos ni tres; la que nos hace buscar el bien y huir del mal, por una aptitud irresistible del alma (*ut mens.... quasi apta et proclivis per se sit*); la que, al reconocer la verdad, parece que no verifica sino un acto de memoria. ¡Tan misteriosa conformidad tiene lo verdadero con esas ideas ó nociones que dormitan en el fondo del alma y que despiertan alborozadas á su presencia!

De estas ideas innatas, la primera y más general es la idea del *ser*, que, aplicada á las percepciones de los sentidos, nos da ya un conocimiento confuso de las cosas, en el cual no cabe error alguno, porque *todo lo que se percibe* es. Á esta noción se van añadiendo otras, v. gr., la de *esencia* y *accidente*, que tampoco es falible ni está sujeta á rectificación. Entonces comienza á verse distintamente lo que antes se percibía tan sólo bajo una razón confusa y universalísima. El

entendimiento ve ya concreta y distinta la cosa percibida, y le agrega las notas de ser ésta ó la otra *esencia*, de serlo de este modo ó del otro, de ser simple ó compuesta. *Ser, esencia, accidente, cualidad, modalidad....*: tales son los grados del conocimiento en el sistema de FOX MORCILLO; tal la cadena de ideas innatas, por las cuales, según él, forzosamente va pasando y modificándose la percepción de lo sensible. En la aplicación de las últimas categorías caben muchos errores, ya por adición, ya por sustracción indebidas; pero siempre el alma parte del concepto más universal é indeterminado, que es el del *ser*, al paso que los sentidos sólo aprehenden lo singular, que por su multiplicidad misma viene á producir un conocimiento confuso, aunque en razón inversa al conocimiento intelectual, cuya confusión y vaguedad proceden de su misma *unidad*, cifrada en la noción del *ser* (*aliquid esse*). Á estos dos modos del conocimiento, que van, el uno de lo singular á lo universal, el otro de lo universal á lo singular, corresponden dos procedimientos: la *síntesis*, que compone varias cosas entre sí, unificándolas, y la *análisis*, que descompone un todo

en sus partes, diversificándolas. La *synthesis* es más útil para constituir las ciencias, la *análisis* para transmitir las y enseñarlas.

Bastan estas someras indicaciones para comprender toda la trascendencia del sistema de FOX MORCILLO, que implica una verdadera revolución en la dialéctica tradicional y el regreso á la dialéctica platónica, pero ensanchada en términos de caber dentro de ella hasta la inducción de Vives y de Bacon, á la cual nuestro filósofo sevillano confía la tarea de demostrar *a posteriori* las mismas verdades *per se notas*.

Como FOX MORCILLO creía que la ciencia filosófica no debe encerrarse en la pura especulación, sino proponerse fines prácticos, compuso, además de su *Comentario á la República* de Platón, un tratado de Ética y otro de Política. En todos estos libros explana su idea armónica, pero dando muy señalada preferencia á Platón, cuyas opiniones adopta al tratar del *sumo bien* y al declarar *innatos* y no adquiridos los afectos humanos. En la República platónica no le parece mal el despotismo del Estado, pero sí la comunidad de mujeres y la participación de éstas en los negocios públicos. Á Aristóteles le acusa de

subordinarlo todo á un principio utilitario de interés y conveniencia pública. La conciliación de Platón y Aristóteles, depurados en el crisol del espiritualismo cristiano, era para FOX MORCILLO el ideal de la ciencia política como de toda ciencia.

Si una concepción trascendental de la naturaleza y del espíritu humano, si una idea luminosísima, perseguida con infatigable ardor y enorme caudal de erudición y doctrina, bastan para hacer que la figura de un pensador resalte con individualidad poderosa en los anales de la ciencia, FOX MORCILLO, no hay que dudarle, ha merecido esta gloria. Sea cualquiera la opinión que se adopte sobre el origen de las ideas, ora se parta del mundo interior, ora del mundo exterior, siempre habrá que reconocer extraordinario vigor de pensamiento en el filósofo que intentó componer en una teoría sintética estos dos elementos. Sea cualquiera la solución que se dé al temeroso problema de la composición de los cuerpos, siempre habrá que descubrirse con respeto ante el joven filósofo que, ligando el mundo ideal con el real, excogitó la sencilla y sublime teoría de *la idea sobre las cosas* y de *la idea en las cosas* (la

forma). Pueden discutirse, y de fijo se discutirán hasta la consumación de los siglos, estas soluciones; pero tales como son, y aunque no nos den, ni mucho menos, la verdad entera (negada quizá para siempre á las fuerzas naturales de nuestro entendimiento), nos inspiran sed inextinguible de alcanzarla, nos hacen vislumbrar la correspondencia armónica que, en maravilloso triángulo, media entre las cosas creadas y las ideas ó razones eternas, y entre unas y otras y la mente humana, y nos infunden un cierto modo de pensar generoso y alto, que desdeña los valles y ama las cumbres. El hecho mismo de haber planteado con tanta precisión y claridad las dos cuestiones capitales de la filosofía, en un tiempo en que la erudición, desbordándose, anegaba lo esencial bajo la balumba de los pormenores, es ya indicio seguro de un soberano talento filosófico. ¡Desdicha grande fué que la muerte, impidiéndole llegar á perfecta madurez, privase á España de los frutos de su fecundo magisterio y de la gloria de poder inscribir su nombre al lado de los más insignes que en la historia del espíritu humano resplandecen!

Quien algo entienda de estas materias y no cierre los ojos á la luz, no podrá menos de reconocer la regularidad con que, á través de los siglos, se reproducen entre los filósofos españoles unas mismas tendencias, dando color al pensamiento nacional y unidad á su historia. El *espíritu crítico* y el *espíritu armónico* se disputan desde remota fecha el predominio en nuestra filosofía, tendiéndose á veces amorosamente la mano. FOX MORCILLO, aunque educado cuando estaba en todo su auge el impulso *crítico* del Renacimiento, cuya más alta expresión es Vives, obedece de lleno á la corriente *armónica*, adelantándose al gran Leibnitz en más de un siglo. ¡Y cuán antiguos y autorizados precedentes no tenía en España!

Séneca abre la serie de los filósofos ibéricos, y Séneca afirma ya, en su Epístola 58, la identidad de la *idea* y de la *forma*, diciendo: *Eidos in opere est: Idea extra opus, nec tantum extra opus est, sed ante opus*. El *eidos*, la *forma* aristotélica, es la *idea* en las cosas, la manifestación concreta del ejemplar eterno.

¿Y cuál otro es el sentido de la doctrina de nuestro célebre poeta y filósofo judío del

siglo xi, Salomón Ben-Gebiról (llamado por los cristianos Avicebrón), cuando en su libro de la *Fuente de la vida* nos enseña que «las formas sensibles son al alma lo que el libro escrito es al lector, porque cuando la vista percibe los caracteres y los signos, el alma recuerda el verdadero sentido que bajo ellos se oculta»? Sólo que Ben-Gebiról, como panteísta, aunque inconsecuente, supone que la *forma* universal es la impresión del *Uno Verdadero*, y que ella constituye la esencia de la generalidad de las especies, es decir, de la especie general, en cuya idea están contenidas todas las especies particulares. Lo cual en otra parte formuló en términos todavía más claros, diciendo que la *forma* es la unidad que abraza todas las cosas y en todas las cosas reside. Las formas corpóreas son para él imágenes de las formas psíquicas, vistas en sueños, y éstas lo son de las formas inteligibles.

Cuando el *Racionalismo*, que se decoraba con el apellido de *armónico* y que, sin duda, por lo que de *armónico* tenía ó aparentaba tener, sedujo y fascinó á muchas y, algunas, muy nobles inteligencias; cuando esa panteística filosofía, en mal hora venida de

allende el Rin, quiso, para obtener mejor acogida en nuestro suelo, ostentar antiguo abolengo español, no hizo bien en invocar el nombre de Raimundo Lulio; debió remontarse más allá y no detenerse hasta la *Fuente de la Vida*, con cuyas doctrinas presentan las suyas no pocos puntos de parentesco. El *realismo* de Lulio es cosa muy distinta; es el *realismo* platónico con las diferencias que forzosamente habían de mediar entre la filosofía antigua y la filosofía escolástica. Su gigantesca idea de una ciencia general, aplicable á todas las ciencias particulares, con principios generalísimos en los cuales estén implícitos y contenidos los principios de cada una de ellas, como está contenido lo particular en lo universal, nos ofrece la expresión más completa y original del *armonismo* español. Concepciones sintéticas muy semejantes vemos aparecer, más ó menos desarrolladas, en los *Diálogos de Amor* de León Hebreo y en *Los Nombres de Cristo* de Fray Luis de León.

¿Será posible negar, en vista de tales datos, que el *armonismo* tiene oculta y extraordinaria eficacia para cautivar á entendimientos españoles; que las tentativas de Fox

MORCILLO, encaminadas á formularle, no constituyen un fenómeno aislado en el proceso histórico de nuestra filosofía?

Legítima, por lo mismo que natural, como aspiración implícita del alma á un mundo mejor, donde todas las antinomias temporales se resuelven en perdurables armonías; legítima es, sin duda, esta tendencia á conciliar las antitéticas doctrinas del *idealismo* y del *empirismo*, reduciendo á unidad la muchedumbre de sus diferencias, bien como el Hacedor Supremo concertó en el hombre por alta manera los opuestos polos de la Creación, el espíritu y la materia. ¡Quiera Dios, empero, que nunca dégenere de *armonista* en violentamente *unitaria*, ni vaya, por ende, á precipitarse en el tenebroso caos del panteísmo, término fatal de los grandes extravíos de la especulación filosófica! ¡Quiera Dios que los futuros pensadores españoles, conteniendo el anhelo de unidad dentro de justos límites, sepan, como FOX MORCILLO, conservar clara, precisa, incólume la distinción entre el sujeto y el objeto, entre lo finito y el infinito, la personalidad divina, la libertad humana, principios vitales de toda filosofía que no quiera demostrar prác-

ticamente con sus mismas aberraciones que *entre la razón humana y el absurdo hay una afinidad secreta, un amor invencible!* Lograránlo, de fijo, si, á ejemplo de nuestro memorable hispalense, acatando rendidamente como *infalibles y eternos oráculos los testimonios divinos y los de la Iglesia Católica*, los llevan siempre por norte al internarse en el inmenso piélago de las disquisiciones metafísicas. No los pierdan nunca de vista, y bien podrán, como el poeta, desplegar las velas del pensamiento

«..... en golfo tan remoto
Que no descubran sino mar y cielo.»

¡Que á vosotros también, dorada juventud compostelana; que á vosotros también os guíen constantemente en el curso de los estudios aquellas luces sublimes, á fin de que, prosiguiéndolos con seguro rumbo, lleguéis á coronar un día las halagüeñas esperanzas que, á una con los que os dieron el ser, fundan en vuestro talento y aplicación la Universidad y la Patria! Llamados estáis á ser en lo venidero maestros de la verdad, sacerdotes de la justicia, promovedores del bien, intérpretes de la belleza, cabezas y

rectores de la sociedad, combatiendo en primera línea al error y al mal en las diversas esferas de la ciencia y de la vida. Para hacerlos dignos de tan elevados ministerios, entregaos de lleno al cultivo de vuestra noble vocación, procurando que en vosotros crezcan de continuo el amor y el entusiasmo por las santas obras del espíritu, de tal modo que ni el placer os enerve, ni la voz de sirena del mundo os atraiga, ni las contrariedades os desalienten, ni los triunfos y alabanzas os engríen y desvanezcan. No olvidéis jamás que, como el sol en las aguas limpias y serenas, la luz del saber únicamente reverbera con claridad perfecta en las almas puras y reposadas, donde no hierven pasiones bajas, sórdidas ni tumultuosas. ¡Cuán elocuentes pruebas de esta verdad nos dejaron nuestros antiguos sabios en los peregrinos monumentos de su ciencia gigantesca, tanto más asombrosa, cuanto á mayor distancia de tiempo la contemplamos! Seguid la senda por donde ellos ascendieron á la cumbre de la inmortalidad; seguidla sin titubear, rechazando, como ellos, con viril denuedo, todo embate de forasteras y anticristianas enseñanzas, no menos contrarias

al orden natural que al sobrenatural, por más que de naturalismo blasonen. Seguid particularmente las huellas del preclaro escritor, objeto de este breve discurso, aprendiendo de él, sobre todo, á armonizar en vuestra conciencia los documentos de la fe y los dictámenes de la razón, á unir en fecundo consorcio la erudición sagrada y la profana y á exornar la excelsa majestad de la filosofía con las flores inmarcesibles del arte. De esta suerte alcanzaréis la dicha incomparable de contribuir eficazmente á renovar, engrandecido y perfeccionado con los adelantamientos positivos de la edad moderna, el siglo de oro de la ciencia patria, el gran siglo de los Vives y Suárez, de los Sotos y los Arias Montanos, de los Agustines y los Gouveas, de los Mercados y los Valverdes. ¡Ojalá que esa era gloriosa, que mi patriotismo presiente y se complace en vaticinaros, pueda transmitir á la posteridad, acrecentando los timbres de esta ilustre Escuela, algunos de vuestros nombres, rodeados de aureola tan brillante como la que mereció para el suyo el *prestantísimo* filósofo español SEBASTIÁN FOX MORCILLO!

HE DICHO.